

EL CASCABEL

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 21 DE MARZO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Estos días se ha hablado mucho de Cabrera.

Los carlistas dicen de él las mayores pestes, lo cual significa que el hombre ha dejado de ser carlista, y reconocido por su rey legítimo á Don Alfonso XII.

Si ahora puede quebrantar más de lo que lo está la causa carlista, y esto contribuye á que llegue antes el momento de la paz, gran favor hace Cabrera al país, porque ya no puede soportar más tiempo el país esa tremenda calamidad.

Se necesita toda la ceguera de los carlistas para complacerse así en la ruina de su patria. Los extranjeros más enemigos no harían otro tanto, si la hubieran invadido.

Tiempo es ya de que España tenga reposo, ya que no tenga dinero, que se ha consumido en la guerra civil y en las algaradas con que nos hemos entretenido desde Setiembre del 68 hasta el año pasado.

Pero no toquemos á los revolucionarios de Setiembre, que son gente muy susceptible y quisquillosa, y sobre todo no gustan de que se les digan las verdades.

Ni siquiera sufren que se les diga que si no hubiese habido revolucion de Setiembre tampoco habría guerra civil.

Ni les parece bien que se les diga que han aumentado en muchos miles de millones la Deuda pública, y se enfadan si se les dice que debían meterse siete estados bajo tierra para que nadie los viera.



Estamos en la Semana Santa, y es ocasion de rezar mucho y pedir á Dios el perdon de las culpas.

Los hombres políticos de España tienen una buena ocasion de manifestar su arrepentimiento y propósito de la enmienda.

Los carlistas y los federales y los radicales que han traído sobre España todas las plagas, deben acudir á los sermones de estos días á ver si la palabra divina llega á sus corazones, y conocen el mal que han hecho y se proponen cesar de hacerlo.

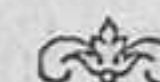
Pero sí, sí, ¡valiente caso hacen de sermones esos señoritos! Los carlistas ya sabemos que si el cura más sabio del mundo no les habla en carlista, ya niegan que tenga religion; los federales no tienen ninguna religion, segun ellos mismos han confesado, y no necesitaban decirlo porque sus hechos bastan, y en cuanto á los radicales ya se sabe que tienen la religion del estómago.

Conque no hay que esperar que se ocupen esta Semana Santa más que en lo que se ocupan todo el año, en discurrir cómo han de continuar la obra de aburrir y desesperar al pobre país.



Por lo demás, en Madrid no ocurre nada de particular.

La gente como y bebe y se divierte. Los ministros no descansan un momento, porque además de trabajar, tienen que seguir recibiendo pretendientes; la *Correspondencia* anuncia doscientas conferencias con los ministros todos los días, lo cual quiero decir que se ha desarrollado en España de una manera pasmosa la afición á conferenciar; todo el mundo se exhibe, se pone delante, se manifiesta, se deja ver, se da á luz, echa á volar su nombre, todo con el afán de ver si cae algo. Aquí ya hay infinidad de *Garridos*, siempre en su *farmacia*.



A mi amigo D. Ramon de Navarrete se le ha dado la gran cruz de Isabel la Católica. Lo aplaudo y le felicito. Es Navarrete un buen escritor, que tiene una nobilísima cualidad; es amigo de todos los escritores, se complace en elogiar y aplaudir á sus compañeros; no conoce la envidia.

El Gobierno ha obrado con gran acierto, dando esa distinción á un periodista que durante tantos años ha ejercido noble y dignamente su honrosa profesion. Todos los escritores debemos celebrar, como cosa pro-

pia, que se haya otorgado tan justo premio al Sr. Navarrete.



Segun leo en los periódicos, hay el proyecto de proteger las letras.

Veremos.

Muchas veces se ha dicho eso, pero ¿cuándo se ha hecho?

El escritor que vive de las letras únicamente, ya está fresco.

Si no es político, si no *se mete* en un partido, si no se impone con osadía, ya puede escribir los imposibles, ya puede morir de hambre; nadie se acuerda de él.

Cuando se muere es cuando se dice: ¡Qué lástima! Gran gloria sería para el reinado de D. Alfonso que las letras salieran del estado en que se hallan, y que el escritor modesto y laborioso y útil viera recompensados sus desvelos.



No me ocurre más que decir.

Recen Vds. mucho en esta Semana Santa, y echen muchas limosnas en las mesas de petitorio, pero sin mirar á las elegantes y hermosas damas que se encargan de pedir para los pobres, porque en semejantes días conviene que no vengan á la imaginacion profanos pensamientos.

Esto se lo digo á ellos.

Y que no haya novedad.

EL TRAM-VIA.

DESDE LA ESTACION Á LA CIBELES, Y DE LA CIBELES Á LA PUERTA DEL SOL.

Diálogos.

—¡Oh! mi señora doña Casiana! ¿Viven Vds. aquí ahora?

—Sí, señor, al marido de mi hija le han dejado cesante, y estaba tan triste en Madrid, que para que recree la vista, nos hemos mudado á este barrio.

—¡Cuánto me alegro!

—¿De que le hayan dejado cesante?

—No señora, no; de que se hayan Vds. venido al barrio.

—Pues hijo, yo estoy aburrida, porque todos mis conocimientos están en Madrid, y no puedo estar sin ir á donde tenia costumbre de ir todos los días, á las monjas de San Plácido, á las de Góngora, á la Latina y á casa de Encarnacion Cañitas, ya la conoce usted, que se ha separado de su marido; ella ha tenido la culpa, y la pobre ya puede Vd. figurarse cómo estará; á la de las de Garrobilla, á ver cuándo se casan con aquellos tres novios que tienen, que ya los hubiera puesto yo en la corriente del arroyo, y á ver á Lopez y á su mujer, que todos los días se pegan, y sólo yo los pongo en paz... Pero, ¿sabe Vd. lo que hago?... Cojer el *Tram* despues de almorzar, y hasta la hora de comer no hay que contar conmigo.

—¿Y su yerno de Vd. se alegra?...

—Mire Vd., se entretiene mirando todo el día con un antejo de larga vista desde el balcon, que eso sí, el cuarto tiene muy buenas vistas.

—¿Y qué mira?

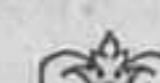
—A ver si viene D. Carlos, porque ahora se ha hecho carlista, y por la noche baja á una botica del barrio, donde dice que se entretiene mucho viendo hacer pildoras. Pero pildora buena la que él tiene dentro del cuerpo, desde que le han dejado cesante.

—¿Y su hija de Vd.?

—Mi hija tiene ya sus amigas nuevas en el barrio, y la pobre está así un poco distraída. Todas las noches va de reunion con unas vecinas que son hijas de uno muy rico, que dicen si fué sastre ó no se sé, pero tiene mucho dinero y coche, y... adios, D. Remigio, que yo me quedo en la Cibeles.

—¿Se va Vd. á bañar?

—Hijo, se ahorra una cuatro cuartos en cada viaje.



—Jesús, no me he echado al bolsillo plata ni cuartos, y solo tengo este billete de quinientos reales (1).

—Señora, pues yo tengo que cobrar el real.

—¿Cree Vd. que yo no se lo quiero pagar? Vivo en el barrio, y en volviendo á casa pagaré á Vd. el real.

—No, señora, tiene Vd. que pagarme ahora mismo.

—Pues cobre Vd. del billete.

—No tengo cambio.

—Pues vamos hasta la Puerta del Sol y en el mismo coche volveré á la calle de Serrano y pagaré á Vd. los dos reales.

—No señora, no, ahora tiene Vd. que pagarme el real.

—¡Hombre! tome Vd. el real y no moleste Vd. más á esta señora.

—Caballero, es que tengo que cobrar...

—Vaya, basta. ¿Quién le niega á Vd. nada? Me parece que la empresa debiera recomendar á ustedes, atencion y buenos modos.

—Pero yo tenia que cobrar el real...

—No salga Vd. de ahí, que se va á perder.



—Purita, ya sé que se llama Vd. Purita, aquí tengo una cartita, saque Vd. del manguito la manita.

—Que va á oír mamá.

—Si ya sé que es un poco sorda.

—Vd. todo lo sabe.

—Ménos si me quiere Vd. Tome Vd. la cartita. ¿Qué me dice Vd.?

—Que me va á ver ese caballero de enfrente.

—¿Qué ha de ver si hace poco ha subido al poder? Ya está ciego.

—Pues venga la cartita.

—Niña, ¿quieres que nos quedemos en la Cibeles?...

—No, mamá, vamos hasta el Buen Suceso, ¿no querias ir allí á pedir á la Virgen?...

—Sí, mujer, sí, lo que quieras, iré á pedir á la Virgen, y tú tambien le tendrás algo que pedir.

—Yo lo creo.

—Gracias, señorita, gracias por la felicidad que me da Vd. yendo hasta el barrio de Pozas.

—Pero mamá lo va á notar.

—¿Qué importa? Parece señora de buena pasta, y debe dormirse con facilidad...

—(Si creará ese jóven que no he notado lo que hay... Pues si no lo hubiese notado, ¿á qué habia yo de ir ahora al barrio de Pozas?)



—Amigo D. Ramon, ¿á dónde bueno?...

—Voy á ver al jefe de orden público.

—Supongo que habrá Vd. leído *La Correspondencia*.

—¿Por qué?

—Porque estos días trae sueltos que debe consultar todo el que tenga que ver á algun jefe de orden público, para que no se vaya á ver á un jefe de orden público en lugar de ver á otro jefe de orden público.

—Pues hombre, no me he fijado.

—Pues fijese Vd. Los sueltos de *La Correspondencia*, téngalo Vd. presente, tienen mucho que estudiar.

—Seguiré el consejo de Vd.



—Yo siempre que vengo en el tramvia vengo indignado.

—¿Pues cómo, D. Serafin?

—Sí, señor, porque en Nueva-York el tramvia va más deprisa, y no se para, y todo el mundo sabe subir sin que el coche se detenga. Y así debia ser aquí.

—Hombre, no veo la necesidad de que sea así. Habria algunas desgracias.

—¿Y qué importa? En Nueva-York nadie hace caso de desgracias. Lo primero allí es el negocio. Todos

(1) Este diálogo es auténtico; el miércoles último ocurrió este incidente en el tram-via; un cobrador trató con bien poca consideración á una señora, vecina del barrio, persona conocida, que por inadvertencia no llevaba el real para el tram-via, y si un billete de quinientos reales. Para corresponder al buen proceder del cobrador deberíamos dar sus señas y número, recomendándole á la empresa. No lo hacemos sin embargo.

los días chocan trenes, se escapan tramvías, se pierden buques, se atropella á mil chiquillos y nadie hace caso. Lo primero es ir cada cual á su destino sin pararse, sin entretenerse, sin perder un segundo.

—¿Qué barbaridad!

—No diga Vd. qué barbaridad, señora, que Nueva-York es el primer pueblo del mundo.

—¿Es Vd. de allí?

—No, señora.

—¿Habrá Vd. estado mucho tiempo?

—No, señor, ni mucho ni poco, pero tuve un amigo que pasó por allí viniendo de la Habana, y estuvo dos días, y él me contaba todo lo que allí pasa. En cuanto á adelantos, actividad y conocimiento de la vida y aprovechamiento del tiempo, aun estamos en mantillas, créalo Vd.

—¿Va Vd. á bajar?

—Sí, señor.

—Que pare el coche; no vaya Vd. á caer.

—¿Yo?... Facilito sería. Yo bajo como bajan en Nueva-York, yendo á escape el coche.

—Pues vaya Vd. con Dios, D. Serafín.

—¡Ay! ¡ay! ¡que me desnucó!

—¿Qué es eso?

—Nada, el caballero ese que baja como en Nueva-York, que ha dado una costalada tremenda.

—¡Jesús! ¡pobre hombre! ¡cómo se ha puesto de barro!

—Como en Nueva-York, no hay que hacer caso.

—¿Ha venido Vd. á ver á Topete?

—No.

—Creí, como Vd. venía todos los días.

—Hace ya tres meses que no le veo.

—Yo creí que era Vd. de sus íntimos.

—No, señor, la cuestión política me traía á su casa, pero los tiempos han variado, y estoy identificado con la situación.

—Usted continúa en su puesto?

—No, señor, he pasado á Hacienda con un pequeño aumento, con 10.000 reales más.

—Felicito á Vd.

—Pero no estoy contento, y espero pasar á Gobernación con otro pequeño aumento.

—Pues á ese paso...

—Amigo, me he propuesto lograr que se me haga justicia.

—¿Pero qué lejos se ha venido Vd. D. Ramon?

—Pues todavía me parece muy cerca, y deseo que la calle de Serrano se prolongue siquiera hasta el pueblo de Hortaleza para estar más lejos.

—¿Y por qué esa manía?

—Porque mi suegra vive junto á la puerta de Toledo. Yo creí que mudándome junto á la estación del tramvía no vendría más que una vez á la semana, y amigo, viene todos los días; viene á las nueve de la mañana y se va á las once de la noche. Dígame V. si he adelantado algo.

—Caballero, soy casada.

—Lo siento.

—Y mi esposo me espera en la Cibeles.

—Cada vez me parece Vd. más divina.

—Ya he dicho á Vd. que soy casada.

—Eso no impide que sea Vd. hermosísima. ¿Frecuenta Vd. mucho el tramvía?

—No le importa á Vd.

—Porque iré y vendré cuantas veces vaya y venga el coche.

—Pues pida Vd. á la empresa una plaza de cobrador ó de conductor.

—Lo que yo quisiera cobrar es la calma que Vd. me ha quitado.

—Allí está mi esposo, ya le veo.

—La primera vez que tengo envidia á un hombre. Allí está, mirando á la Cibeles, mientras yo miro todas mis ilusiones por tierra.

Publicamos con gusto el excelente artículo que con el título *La Nieve* ha enviado desde Milan á nuestro amigo el Sr. D. Teodoro Guerrero la distinguida escritora señorita Doña Virginia Auber, que con el seudónimo de *Felicia* llenó tantos años el folletín del *Diario de la Marina*, de la Habana.

LA NIEVE.

A MI DISTINGUIDO AMIGO TEODORO GUERRERO.

¡Qué triste es ver caer la nieve de la atmósfera sombría que la arroja sobre la tierra! ¡Qué aflictivo pensar en los indigentes cuando hasta los opulentos sienten frío y se refugian junto al *franklin*, la estufa ó la chimenea!

Usted sabe, mi ilustrado amigo, que hay climas generosos cuyo benéfico calor ahuyenta la miseria y el hambre. Frente á la nieve se habrá Vd. acordado de aquellos países de sol en donde florecen los campos durante el año entero; de aquel eden privilegiado en el cual es el invierno una segunda primavera coronada de rosas que perfuman el ambiente, tanto en Diciembre como en Abril, en Febrero como en Mayo. Los que hemos pasado la mayor parte de nuestra vida en la Isla de Cuba, no podremos olvidarnos jamás de ese paraíso de la Naturaleza, que haría la felicidad de sus habitantes á no seguir la desgracia fatalmente los pasos de la humanidad. Allí el invierno no empaña la bóveda celeste, ni priva á la vegetación de su verdor, ni reduce al silencio á las avecillas, ni enfria el aire desagradablemente; aquí cubre el firmamento de espesas nubes, roba á las plantas el follaje, impide cantar á los pajarillos y tortura á los hombres, cuyas necesidades se aumentan cuando la estación cruel hace sus tareas más duras y ménos productivas.

Mucho padecen los niños pobres con las nieves y las escarchas. Sus manos y pies se hinchan, su piel se rasga, sus lágrimas se hielan en sus amortecidos párpados. La intemperie los combate antes de que hayan adquirido fuerzas para vencerla. La infancia es un martirio entre los rigores de un clima severo y la dureza que las privaciones, unidas á los trabajos, suelen comunicar á los pobres menesterosos. El proletario no tiene ocasión de entregarse á las efusiones del hogar doméstico. Su lucha terrible con la adversidad absorbe su tiempo enteramente.

Al venir de Francia á Italia divisé las aldeas de Saboya apoyadas en las rocas alpinas, como pigmeos sostenidos por gigantes. La nieve perpétua encanecía las cumbres de las colosales cordilleras, cuyas faldas salpicaban caseríos aislados y pintorescos. En ellos moran individuos cuya existencia nos parece imposible á los que hemos nacido y vivido en el seno de las ciudades; de ellos salen los saboyanos que buscan en Italia y Francia, desempeñando faenas humildes, algún peculio que llevar á sus chozas. Yo los he oído con frecuencia en Milan, ofreciéndose á limpiar las chimeneas; los he visto negros de humo y blancos de nieve atravesar las calles que barren también en días inclementes; he pensado en las madres que han dado la existencia á tan infelices criaturas y casi he creído que la fecundidad, considerada una bendición de Dios en los tiempos patriarcales, constituye una maldición de la naturaleza en los siglos de egoísmo social que han ido llegando, sin que el progreso de la civilización haya logrado impedirlo.

Ayer alfombraba la nieve las calles de la antigua ciudad lombarda. Un saboyanito hambriento, tembloroso, extendía su diestra á los transeuntes, pidiendo en voz baja una *quattrin* (ménos de un cuarto). Pasaba á la sazón un señor forrado en las costosas pieles que cazadores atrevidos traen de las regiones polares, y en lugar de socorrer al indigente, le recordó la prohibición de mendigar. Sucedióle un muchacho que se dirigía á la fábrica en que ganaba un jornal mezquino. —¿Por qué lloras? preguntó al limpia-chimeneas. —Porque tengo hambre y no tengo trabajo, murmuró el niño abandonado á los rigores de la suerte. —Pues yo tengo *polenta* que pa'tir contigo, repuso el infeliz jornalero, sacando de un cestillo que pendía de su brazo una torta de harina de maíz, que dividió con el desvalido. Alejóse en seguida cantando alegremente, y diz que la nieve formó sobre su sombrero un círculo semejante á una corona, á la corona santa de la Caridad. El señor de las pieles ricas se había guiado por la razón que condena la mendicidad; el obrero había cedido al sentimiento que estimula la beneficencia. ¡Cuánto más vale en tales casos la bondad que la reflexión!

A quien se olvida del necesitado le gusta la nieve, que aumenta, con la energía del contraste, las delicias del bienestar interior. El cierzo abate; la llama chispeante anima; las nubes lloran; las salamandras cantan entre las guirnaldas luminosas que producen chisporroteando las ramas de laurel; la intemperie ahuyenta; el hogar atrae con sus comodidades: por fuera desolación; dentro consuelo y placer.

Reúnese la tertulia íntima ante la chimenea, cuyo fuego sustentan graciosamente las damas milanesas, mezclando gajos de árboles distintos, que crean llamas de colores diferentes, ya rojizas como reflejos de sol, ya alimentadas por troncos gruesos, ya sostenidas por ramajes delgados, ya inmóviles sobre el leño robusto, ya errantes sobre el vástago débil. Después se forma la brasa inflamada, silenciosa, recamada de cándida ceniza, conservadora del calórico que se derrama por toda la pieza confortando á sus habitantes. Las megillas se tiñen de carmin, los labios saborean licores exquisitos, los dedos sacan del piano sonidos melodiosos, los pies se deslizan sobre alfombras muelles, la mirada compara al través de cristales lípidos la señorial residencia con las enlodadas calles, y el

cuerpo goza con el triunfo de lo agradable sobre lo desagradable. Pero si el pensamiento no se deja seducir por el goce material, se contrista distinguiendo el gran número de viviendas privadas de tapetes, de estufas, de recursos para combatir la cruda estación, bajo cuyo techo tiemblan familias desdichadas, como en una nevera.

Sin embargo, la nevada inspira sensaciones de melancólica poesía. Los arañes del invierno son imponentes y severos como la Musa de las comarcas del Norte. Aunque el arpa de los grandes poetas italianos está cercada de aureolas de sol y no de brumas sombrías, la nieve visita todos los años el suelo clásico de las bellas artes. El invierno de la Italia septentrional carece de las dulzuras climáticas que en general se atribuyen á esta Península. Entonces la atmósfera se oscurece, la niebla quita al aire su transparencia, la escarcha cubre los techos y la nieve suele caer con pertinacia, según ha caído últimamente. Marzo ha llegado sin que la glacial compañera de Enero y de Febrero se haya retirado todavía.

Mas no por eso han dejado los milaneses de divertirse. A pesar de la lluvia, de la humedad y de las enfermedades causadas por el rigor de la temperatura, los *veglioni* ó bailes de Carnaval estuvieron magníficos, los numerosos teatros de Milan han seguido llenos de concurrentes, y los Jardines públicos han rebosado en admiradores de las cristalizaciones estupendas que han reemplazado en los bosques y de tilos y de olmos al verdor vegetal. Estalastitas gigantes, festones de perlas relucientes, y arquerías de diamante ocupan ahora en aquellos pensiles el lugar del follaje, trayendo á la memoria el fantástico *Faireland* de ciertos escritores ingleses. La nieve es una artifice que anualmente trasforma *I Giardini Pubblici* de esta hermosa ciudad; que adorna los millares de estatuas posadas, como hijas del aire, en las agujas y cúpulas de mármol de su célebre *Duomo*, con ropajes singulares y peregrinos. Díjérase que la maravillosa constructora viene, en efecto, del *Faireland* imaginario, del país de las hadas.

¿De qué mágica región, amigo mío, ha venido la belleza femenil, reina del mundo? Del cielo mismo, según los poetas, que llaman ángel á la mujer hermosa. El vulgo de los mortales, poetizándose también galantemente en presencia suya, la ha llamado encanto de la tierra. Do quiera reside la especie humana hay mujeres lindas. Hasta entre los salvajes halló Chateaubriand las figuras adorables de Atala y de Celuta. Sobre la nieve y bajo el sol nace la sirena cuyos acentos deleitan el alma varonil. La beldad pertenece al universo; la variedad de tipos á la diferencia de comarcas. Si Vd. me preguntase qué me parecen las milanesas, le respondería yo: Más buenas mozas que bonitas; más notables por la elegancia de su postura que por la delicadeza de sus facciones. El atractivo de muchas consiste en la expresión del semblante; y tratándose de expresión, se me ocurre hablar á Vd. de una joven cuya faz era más elocuente que la elocuencia misma.

El fuego de sus ojos y la vehemencia de su lenguaje le valió entre sus amigos el nombre de *Fiamma*. Cantaba como cantan las italianas generalmente, con sentimiento artístico. Su voz dulce y sonora interpretaba, con patéticas modulaciones, *La Stella Confidente*, bellísima melodía veneciana, tan popular en Milan que se oye en salones distinguidos, en las plazas públicas, en donde canta un artista ó un aficionado, resuena un piano, una orquesta ó una banda militar.

Aquí, por lo regular, no disponen de su corazón las jóvenes bien educadas sin permiso de sus próximos deudos. Esa precaución evita muchos desengaños; pero *Fiamma* había venido para amar espontánea y desinteresadamente. En otro *appartamento* del edificio que habitaba con su madre, vivía un *bel giovane* en compañía, igualmente, de su madre viuda. Cuando nevaba y la húmeda noche hacía grato el recogimiento, las dos familias se reunían, bien en casa de *Fiamma*, bien en la de *Césare*. Mientras las ancianas tegían calceta ó se adormecían con el calorito de la estufa, *Fiamma* colocaba en el atril del piano la lindísima melodía veneciana, y repetía con suavidad inefable *Stella di nostro amor*, dirigiéndose al astro de felicidad que su entusiasmo vislumbraba en la mirada de *Césare*.

La apasionada doncella llegó á desear la nieve, á considerarla su bienhechora. *Césare*, por complacer á la autora de sus días, no salía en noches desapacibles, y entonces *Fiamma* era feliz, como lo son las mujeres que viven por el corazón; dicha precaria que se funda amenudo en una ilusión engañosa. *Fiamma* simpatizaba con la nieve porque en cierto modo protegía la reunión íntima de cuatro personas; *Césare* la temía porque no le permitía variar sus horas de recreo. La *Stella confidente*, las sonrisas de *Fiamma* y la calceta de las dos viejecitas, comenzaban á fastidiarle.

Sucedió esto á principios del año 1874. Vinieron las fiestas de Carnaval, y una noche atravesó *Fiamma*,

con su madre, el patio interior que la separaba de sus vecinas. Alegre con la nevada que debía contribuir á detenerlas puertas adentro, se afligió dolorosamente enseguida. La anciana estaba sola; el joven, no obstante el mal tiempo, había ido al baile del Casino, pleno en tal época del año de italianos y de extranjeros.

Las dos ancianas platicaron jovialmente como de costumbre: *Fiamma* padeció como padecen los caracteres expansivos al encontrarse obligados á disimular sus impresiones; César se divirtió en los espléndidos salones del Casino milanés, como se divierte quien no reconoce otra ley que el placer propio. Una mujer lloraba en secreto; un hombre reía en público. ¡Historia de todos los países y de todas las sociedades!

—¡Qué bella *signora*! ¿Quién es, cómo se llama? preguntó César á un amigo, designándole una dama que, bailando una polka, pasaba ante los grandes espejos que multiplicaban fantásticamente su gallarda figura, con la velocidad de una ráfaga de viento-norte.

—Nosotros la llamamos *Fior di neve* por su belleza, su blancura y su frialdad, contestó el interrogado.

César se hizo presentar á *Flor de nieve* y bailó con ella. La indiferencia de la joven rusa aumentó el interés que su beldad le había inspirado. Hay ídoles desagradecidas, á las cuales causa el afecto y atrae el desvío. La nieve no era más blanca ni más yerta que aquella doncella, de tez deslumbrante, de ojos celestes, de cabellos pálidos como la luz de la luna brillantando el hielo. César contempló sorprendido un tipo tan distinto de la hermosura italiana. La curiosidad la novedad lo cautivaron.

En vano *Fiamma*, abriendo con frecuencia su ventana al verle atravesar el patio divisorio con dirección á la calle, y alzando su mirada hácia el lucero vespertino que alumbraba su intimidad con el ingrato, cantaba con la voz de un ángel: *Stella, pietosa stella, dille che l'amo ognor*. La estrella confidente nada decía al hombre que, fastidiado ú olvidado de lo pasado, corría al encuentro de nuevos atractivos.

Sospechando la madre de *Fiamma* los sufrimientos de su hija, le repetía con firmeza que nada debía esperar de quien así la trataba. La pobre niña recitaba al oírlos estos versos de Metastasio:

«Non so se la speranza
Va coll'inganno unita
So che mantiene in vita
Qualche infelice al men.....»

Una noche nevaba con tanta abundancia, que *Fiamma* juzgó imposible que abandonase César sus hogares. Rogó á la autora de su existencia la condujese á casa de sus vecinos, y la buena señora, reconviniéndola por su falta de dignidad, en lugar de vestirse para salir, se desvistió para guarecerse en el lecho. *Fiamma* cometió la injusticia de acusar á su madre de egoísmo.

—Se olvida de que fué joven, de que sintió como yo siento, murmuró con indignación. ¿No quiere acompañarme? Pues bien, iré sola...

Y descendió quedito la escalera, sin el permiso materno; desobedeció la materna orden por quien no pensaría en agradecerse. La nieve seguía cayendo, cayendo con tal profusión, que el patio divisorio resplandecía como si lo alumbrase la luna. Abriase en el centro un ancho pozo que habían comenzado á componer por la mañana algunos trabajadores. La nieve ocultaba su negra boca con una cubierta parecida al alabastro. ¡Ay! pobre *Fiamma*! Aquella cubierta falaz parecía la candidez, pero no la solidez marmórea. Un grito resonó en el patio desierto. La madre de *Fiamma* creyó oír al ángel guardian de la misma hacerle una advertencia misteriosa, despertó estremeciéndose, llamó á su hija, no obtuvo respuesta y volvió á entregarse al sueño, balbuceando:—Duerme siempre como ahora, niña mia, profunda y tranquilamente.

Al día siguiente se notó la desaparición de *Fiamma*, y la buscaron sin descubrirla. Los trabajadores se dirigieron al pozo y retrocedieron asombrados. La nieve había formado sobre el abismo la figura de un ángel con las alas desplegadas. Escabaron debajo y sacaron el cadáver de una joven angélica, que dormía como su madre había deseado: tranquila y profundamente.

En Milan se conserva la poética costumbre de regar de flores los restos de las vírgenes. El ataúd de *Fiamma* fué inundado de rosas, violetas y jacintos. Las *stelline*, huérfanas que acompañan los entierros entonando cánticos religiosos, marchaban, vestidas de blanco, en pos del féretro, cantando con dulzura solemne el *Misericordiam tuam*. César y su madre formaron parte del séquito de amigos que la custodió hasta el cementerio monumental, situado en las afueras de la antigua capital de Lombardia. En la Necrópolis milanés, pobre de árboles, rica de monumentos simbólicos, se inhumó el cuerpo, cuyo corazón de fuego se había helado prematuramente. El distinguido escultor Strazza cinceló el mármol de su tumba. Esa

obra sencilla y admirable por la perfección escultural, consiste en un ángel de purísimo mármol de Carrara, que se alza, con las alas abiertas, sobre una columna de mármol negro.

César, afligido al principio, distrajo su pena uniéndose á *Flor de nieve*. Su ilusión conyugal duró pocos meses. Su esposa lejos de ser llama que confortase su domicilio, era hielo que lo enfriaba. Su calma egoísta nunca se derretía bajo un rayo de sol ardiente. Personificaba en realidad á la flor de nieve sin aroma ni colorido. Pigmaleon pretendió animar á Galatea, y la estatua permaneció yerta, petrificada. Su impasibilidad ofendió á César que la comparó desconcertado con *Fiamma*. La mujer del Norte vengaba á la mujer meridional.

El 2 de Noviembre del año 1874, millares de personas recorrian el cementerio católico de Milan, próximo á la capilla protestante. Guirnaldas y ramos olorosos engalanaban á porfía las tumbas suntuosas y las marcadas solamente con una cruz. En el sepulcro de mármol negro adornado con un ángel de mármol blanco en actitud de volar á un mundo mejor, depositó César una corona de violetas y siemprevivas. Su consorte presenció aquel homenaje con la quietud que nada conseguía perturbar. César que había creído inspirarle celos, quedó anonadado con la confirmación de su inalterable estoicismo.—Perdóname, *Fiamma*, dijo enjugándose los ojos. La nieve te ha vengado.

Adelantándose la noche á continuación, asomó un globo luminoso, un diamante celeste, un lucero divino en el espacio. César dobló la rodilla ante el astro y ante el túmulo. Oía quizá una voz de ultratumba murmurar suavemente: «*Stella, pietosa stella, dille che l'amo ognor!*»

No se ha derritado la nieve en el hogar del joven milanés. Su compañera carece del calor de alma que conforta la familia: de las grandes cualidades femeninas que se llaman bondad y sensibilidad, adhesión y abnegación. César repite como muchos que necia y locamente han destruido su porvenir: ¡demasiado tarde! Si, su soplo ingrato apagó la llama de vida, y su tardío arrepentimiento no puede desvanecer el frío mortal de que lo circuye una compañera desamorada.

La nieve es blanca, pura y hasta poética. Pero usted dirá como yo, mi buen amigo, volviendo los ojos hácia la fuente de claridad y de calor fecundo que lo anima todo universalmente: ¡Cuánto más hermoso y generoso es el sol! Por un perjuicio que cause nos proporciona mil beneficios, y el día en que no lo sentimos ni divisamos, en que se ausenta de nuestro horizonte, comenzamos á morir helados por la nieve moral que impide á los rayos vivificantes penetrar en el corazón, ensanchándolo y regocijándolo.

FELICIA.

Milan 8 de Marzo de 1875.

CONTESTACION DEL DE ALLÁ AL DE ACÁ.

Á LA SEGUNDA.

Querido Frontaura: La flaqueza de la pícaro vanidad; la intemperancia que consigo lleva; las miserias que en ella germinan; la exageración del amor propio que la engendra; el fabuloso culto que se da el que la posee levantando un altar en su alma á sentimiento tan asqueroso y obligando á todo el mundo á que ante él quemase el incienso de la más refinada adulación; todas estas debilidades del orgullo; todas estas ridiculeces tan inspidas en ocasiones dadas, tan punibles alguna vez, tan censurables siempre, me han servido de motivo elocuente y poderoso para escribir artículos filosófico-morales contra aquellas debilidades de las almas pequeñas, y de piedra angular para construir de paso un edificio donde solo habitaran los sordos á la grata armonía de los elogios, y los indiferentes al oloroso incienso de *La Correspondencia de España*. Y ciertamente que hubiera quedado fresco con tal palacio tan inhabitado como los de las *Mil y una noches*.

Si, querido Carlos, era una especie de monomanía la que me inspiraba el puro sentimiento de la modestia; y por esto Camilo, el guerrero romano haciendo tirar su carro triunfal por cuatro caballos blancos (como nuestro amigo *Jeromo* el molinero) y comparándose al sol (Camilo, nó el tío *Jeromo*) me producía mal efecto y hasta me atacaba los nervios, al ver tanta vanidad, tanta ostentación; así como me encantaba *Agrícola* por su incomparable modestia que le ponía á cubierto, como dijo Tácito, de la envidia, sin robarle su gloria, y me seduce y hace tilin la de la respetable esposa del *Damian*, que en tu última me citas, y que no quiere confesar (incomparable mujer) que era toda una hermosura griega el año veinte.

Te extrañará que al principio de esta cláusula te hable en *pretérito* de mi monomanía por la modestia, y no de *presente*; pero lee y verás la razón que me asiste. ¡Qué bueno es declamar contra la vanidad, pero qué difícil escapar de su poder! ¡Qué fácil es distinguir la paja en el ojo ajeno y no ver la viga que ante el nuestro se presenta. como dijo el sapientísimo fundador del Cristianismo! Yo que me había creído siempre invulnerable á los tiros de la vanidad, hoy al leer tu segunda carta me he quedado hecho un pavo real, porque me dices simplemente *despierto, aprovechado y buen consejero*. ¡Qué infelices somos los hombres de este planeta, y creo que los de la luna también! Pues si en vez de estos modestos adjetivos me regalas los

de brillante, distinguido y profundo escritor, como los estoy leyendo todos los días en la prensa periódica dirigidos á gente que vale menos que yo, no sé lo que me pasa, pero con seguridad me pongo malo, y me pierdes por completo, pues se me hubiera subido la gloria á la cabeza, como se sube el alcohol á la de los que le dedican su admiración y prueban la fortaleza de su espíritu. Bien es verdad, y sírvame esto de escusa, que un elogio de *EL CASCABEL* es capaz de envanecer á cualquiera por ser la opinión leal de un hombre (y no trato de lavarte la cara que le la supongo limpia) de tanto valer como tú, y que es partidario y amigo de la señora *dignidad*, poco conocida de gran número de nuestros políticos que no la han tratado más que yo al famoso Garibaldi que en la tuya mencionas. Después de darte muy expresivas gracias por los requiebros, y escudado ya mi tantico de vanidad con lo que escrito llevo, entro en el fondo de la cuestión, como dicen nuestros oradores.

Creés, y crees mal «que ó no he leído las ideas que imprimes en tu periódico, ó que si las he leído no se me ha quedado en el magín ni una siquiera de las que durante doce años estás emitiendo; y que me cuidó poco de tí y de tus cosas.»

Yo te probaré cuán injusto es este capítulo de agravios, y para ello haré historia, como decimos ahora los españoles. Cuando empezaste á publicar tu delicioso *CASCABEL* me encontraba en esa edad en que las facultades intelectuales están en el período incipiente para cierta clase de asuntos, y en que de las publicaciones joco-satíricas no se aprecia ni ve más que lo primero, lo que hace asomar á los lábios una sonrisa; pero no la parte de verdadera enseñanza, la que zahiere los vicios de la sociedad, la que produce incalculables ventajas, la que inmortalizó en lo antiguo á Juvenal y Horacio, como en nuestra España á los Argensolas, Quevedo, Jovellanos y Moratin. Inmenso placer se apoderaba de mí cuando oía pregonar tu *CASCABEL* por esa capital, y corría desalado á casa de mi novia Purita (la hija del droguero Bonifacio que tú conociste de sargento de caballería de la milicia nacional, y que recientemente te ha metido en el cuerpo el amor á tan benemérita institución y en la cabeza las obligaciones del cabo), y le leía con tanto entusiasmo tus cosas, porque tú ya tienes cosas, y los innumerables chistes de tu periódico, que tú, autor y todo, hubieras envidiado mi gracia y mi aquel para leer tus obras. Así que mi pobre razón se fué poco á poco desarrollando paulatinamente; así que el mundo empezó á enseñarme lo que de sí da; así que el escarpelo de mi entendimiento disecaba algo más que la epidermis de tus escritos, empecé á comprender que á través de aquella forma ligera y deliciosa de tu periódico se ocultaban los estudios que de nuestra sociedad habías hecho.

Desde esta época, pues, fuiste mi maestro, y aprecié en lo que valían tus ideas, tan gratas en la forma como útiles y filosóficas en el fondo; y por esto no debes creer lo que me dices en la tuya y ha dado lugar á lo que escribiendo estoy, cuando la extrañeza que en varios pasajes de mi carta manifiesto solo es hija de verte fuera de tu centro, predicando lo contrario de lo que sientes y hace doce años imprimes en tu sabroso periódico. No creas, pues, que tengo en menos tus escritos, que son la fotografía del mundo y de las cosas que en él pasan, que los de los diarios que en tu última me citas, que escriben algunas veces bajo la presión de ciertas circunstancias, de la conveniencia del propietario siempre, y de otros motivos que me callo, y tú perfectamente sabes; y que, sintiéndolo ó no, defienden ideas más ó menos erróneas, personas más ó menos dignas, y fracciones más ó menos respetables.

Soy muy partidario de la verdad; á su adquisición constantemente aspiro; por su triunfo trabajo sin descansar; y cuando la veo adulterada con la despreciable mentira, con la asquerosa calumnia ó con la irritante superchería, como la contemplo en todos los periódicos de todos los colores, se me llevan lisa y llanamente los demonios. Las reflexiones que en mi primera hacia no me las inspiraban ninguno de los periódicos que me nombras, sino mi pobre criterio, empapado en la lectura del gran libro de enseñanza, de la madre de la humanidad, de la historia del linaje humano. Los periódicos enseñan poco, como no sean pasiones de cierta índole, y el modo de desprestigiar instituciones altísimas y personas respetables.

También los hay como *La Época*, *El Tiempo*, *El Imparcial*, *La España Católica* y otros de los que me citas, que son entonados no pocas veces, y hasta eminentemente científicos en ocasiones dadas; pero ni pueden ser los verdaderos guías de nuestro laberinto político, porque dirige cada cual por el camino que le conviene, ni los mejores mentores, puesto que solo enseñan la lección que creen más útil á sus miras particulares ó al partido cuya voz llevan. Y esto no debe extrañarme; y realmente no me impresiona, por ser ya viejo este defecto. Nuestro sabio filósofo y profundo político D. Jaime Balmes ya decía en sus tiempos que los periódicos no lo dicen todo, ni respecto á las cosas ni respecto á las personas. Esta es una gran verdad, pero que tiene sus excepciones, y yo soy una de ellas. Has de saber, mi querido Frontaura, y perdóname que no te lo haya dicho más pronto, que yo dirigí cierto periódico en una capital importantísima de la Península, no teniendo más tintero que el de mi corazón, refractario á la falsedad y á las imposiciones de cierta índole, ni más pluma que mi criterio político (no el de ningún prohombre de mis ideas), y que escribí artículos levantados y entusiastas abogando por el patriotismo, que es el corolario más elocuente del verdadero principio de fraternidad, que no es del dominio de la república, y menos de la española, que ha amado al prójimo contra una esquina, sino de los gobiernos todos, sin distinción alguna; por el patriotismo que sacrifica hasta á sus ídolos cuando carecen ya de las condiciones necesarias para hacer la felicidad del país, así como atraía y sostenía á todos los hombres de valer, como Danton atraía y sostenía á Marat y á Robespierre, que eran sus enemigos, por creerles útiles á la patria, como Desmoulins rechazaba á sus amigos Mirabeau y

Brissot, á quienes vió traidores á la Francia; por el *partitismo*, que solo desea, que solo practica lo justo, lo racional, lo ventajoso á cada país, y rechaza con energía é indignación aquello que puede servirle de rémora en sus adelantos, que pisotea su dignidad, que sin darle gloria ni utilidad ninguna, moral ni tangible, solo sirve para distraer á los ciudadanos del cauce de sus deberes. Y escribí sobre la *justicia política* y otras cuestiones de importancia suma, y especialmente sobre la necesidad de la restauracion de la dinastía borbónica en la persona de D. Alfonso XII, á cuya importante cuestion no solo dediqué muchos artículos, si que folletos enteros.

Dispénsame, querido Carlos, que me haya dedicado un párrafo tan poco modesto, pero hay ocasiones en la vida, en las que se prescinde de la templanza en aras de la verdad, y esta es una de ellas; pues no es justo que ni tú ni yo, constantes defensores de nuestras ideas sin careta alguna, pasemos por periodistas, como hay muchos, que siendo, por ejemplo, de la escuela reaccionaria, escriben artículos ultra-liberales; que figurando entre los radicales, pretendan alguna plaza en la redaccion de un periódico conservador, y que adorando hasta el recuerdo de la Lucrecia romana porque dió lugar á la república, escriben descaradamente en el *Cuartel Real*.

¿Dónde están, me he preguntado muchas veces, las convicciones políticas de gran número de periodistas, cuando conozco á bastantes (y hablo en serio), que participando en el seno de la confianza de las teorías aristotélicas, respecto á la monarquía absoluta, que confesando que solo trae consigo el envilecimiento, la desconfianza y el decaimiento de los individuos y de toda sociedad en que se plantea; que suponiendo enteramente inaplicables á nuestra España coetánea ciertas doctrinas y ciertas máximas políticas de otros siglos y de otros hombres, defienden, sin embargo, con aparente entusiasmo en la prensa periódica, que sólo debía respirar verdad, y ser el eco fiel de las aspiraciones justas de nuestra época, la mentira, lo irracional, lo inaplicable ahora, la *monarquía simple*?

¿Pues, y mi buen D. Sebastian Romo, que victoreó á Prim en Villarejo, á Hidalgo en Madrid y á Milans en Massanet de Cabrenys; que derramó lágrimas de entusiasmo en Ostende y Bruselas el año 67; que conserva como una reliquia las chinelas que usaba por casa un progresista del antiguo sistema; que ha convertido su cuarto en museo de políticos doceañistas, y que guarda como oro en paño las cartas que desde Tablada le dirigió su amigo Ruiz Zorrilla, buscando ahora relaciones por todas partes para escribir en la *España Católica* ó en el *Pabellon Nacional*, por si llega un día en que suba al poder el elemento que representan dichos periódicos?

¿Qué tienen los periodistas á que me refiero, que afortunadamente no están en gran mayoría, pues los hay decentes y dignos por demás, que tan pronto esperan encaramarse á los puestos más elevados? ¿Qué méritos alegan? ¿Son acaso hombres de profundos conocimientos en Administracion, de proceder rectísimo, amantes de la prosperidad de su país, con gran amor al bien de la patria, y por ende necesarios á la gobernacion del Estado? ¿Son modernos Cincinatos, ó ambiciosos vulgares? ¿Qué tienen á su favor que no tengan otros que veo tristes y arrinconados, con un entendimiento claro, con una razon ilustrada, con un corazon de oro, sin que nadie se digne mirarlos ni tenderles una mano amiga?

Ya oigo tu contestacion... y me pasmo; *audacia, audacia y audacia, como dijeron Bacon y Danton*, exclamarás. Pues si el atrevimiento y osadía ha de encumbrar á esa pobre gente, que *figuran entre los tontos, según los más sábios naturalistas de la cosa pública*; te aseguro que podemos repetir la locucion tan familiar en España de *apaga y vámonos*, pues *no subirán las gradas del presupuesto, ó del poder, que es lo mismo*.

La fortuna, se decía en la Edad media, es mujer, y es preciso hacerle el amor para que corresponda á nuestros afanes. Si así es, y me permite el trage de la *lealtad*, del *patriotismo* y de la *decencia*, para á ella presentarme, le haré la corte por lo fino; si no me dirigire con tales *vestimentas*, como decian nuestros abuelos, á un museo arqueológico, que siempre me tendrá reservada una elegante instalacion, aunque sea por lo

rara que vá siendo la especie de los *hombres que quieren servir al Estado y no que éste les sirva á ellos*.

Es tuyo hasta la pared de enfrente,

CLAUDIO.

P. D. Aunque en la tuya te despides de mí diplomáticamente por crearme muy listo, debo decirte que no sé más que teorías; y que así como ha dicho un sábio (te aseguro que no es Ruiz Zorrilla) que la *práctica* sin la *teoría* permanece estacionada, creo que la *teoría* sin la *práctica*, ni progresa ni se solida; y como yo quiero progresar, te advierto que á vuelta de CASCABEL me sigas enviando tus sanos consejos, mezclados con tus agudísimos chistes, que tanto gustan á todos y tanto me instruyen á mí.

EMILIO CIRUGEDA.

CASCABELES.

Se quejan los que á los toros—tienen notable afición—de que puso el empresario,—aquel que el sol suprimió,—muy altos todos los precios—de tan bonita funcion.—Pues de esos precios tan altos—nunca he de quejarme yo,—porque á los toros, señores,—es sabido que no voy.—Haga lo mismo la gente—que tiene tanta afición,—y el empresario muy pronto—permitirá que haya sol,—y costará muy barato—asistir á la funcion,—ó no habrá más toros, y esto—pienso fuera lo mejor.

Conque divertirse mucho,—y pagar un duro ó dos—para ver atrocidades—que causan indignacion.

Domingo y lunes—funcion de toros—y los billetes cuestan un ojo;—pero allá vamos—corriendo todos,—á ver si mata—el hombre al toro—ó el toro al hombre,—que es más chistoso.—Allí se escuchan—tacos y vortos—y mil blasfemias—y ajos redondos;—y todo el mundo—con alborozo—vá á ver quien vence,—si el hombre ó el toro.—Aunque haya guerra—y mueran mocos—pobres soldados—que valerosos—luchan en nombre—de Don Alfonso,—el rey legítimo—que amamos todos,—vá el madrileño—pueblo á los toros,—lleno de júbilo,—lleno de gozo—á ver quien vence—si el hombre ó el toro.—Pero me callo,—porque es ocioso—que en este asunto—muestre mi enojo.—Este es el pueblo—de *Pan y toros*,—y mucha broma,—trabajo poco—muchos empleos,—y sueldos gordos,—y... á ver quien vence—si el hombre ó el toro.

En el almacén de música del Sr. Toledo, en la calle de Fuencarral, se ha puesto á la venta la preciosa *Segunda polonesa de concierto*, composicion del señor Marqués, que tantos aplausos obtiene en los conciertos de Monasterio.

Los aficionados á la buena música se apresurarán á comprar una composicion tan bella, y que tanta fama ha dado á su autor.

Los Sres. Lopez y Vazquez, dueños del magnífico y antiquísimo establecimiento de la Carrera de San Jerónimo y calle del Príncipe, han merecido del Rey la honra de autorizarles á poner en sus muestras las armas reales, como proveedores de la real casa. Es una distincion muy merecida. Estos industriales han logrado con su trabajo en el ramo de chocolates, tés y cafés, aceites, etc., superar á todo lo conocido hasta hoy.

Así lo entiende el público que acude á surtir en su establecimiento con preferencia á otros.

Brillantísima temporada ha sido la del teatro Real. No estará descontento del público el Sr. Robles. Verdad es que éste ha hecho grandes esfuerzos para complacerle. Las señoras Penco, Fossa, Tanda Miller y Bordeto, y los señores Tamberlik, Bocolini, Piazza, Rondil, Urdinas, Perotti y Fiorini han cumplido perfectamente y dejan al público deseando volver á aplaudirlos en la próxima temporada.

Un empréstito que han hecho—los señores portugueses,—se cubrió la friolera—de cincuenta y cinco veces.—Eso tiene tener crédito—y ser pacífica gente,—y no haber tantos políticos,—ambiciosos pretendientes,—que comer y darse tono—es lo primero que quieren,—aunque á la nacion los diablos—en volandas se la lleven.

Sean, cuantos en el mundo—estas cortas letras vieran,—que el señor Candau, ministro—que fué, como les sucede—á no pocos españoles—que viven, comen y beben,—se vá á marchar á Sevilla,—donde el hombre pasar quiere—los días de la semana—que nos recuerda la muerte—de Jesucristo. Es noticia—que ha dado *La Competente*,—aunque no sé por mi vida—que á ustedes les interese.

En públicos papeles he leído—que el señor Figuerola,—y el señor de Montero—Rios, que es su amigo y compañero—de la prensa española,—aumentarán los órganos con uno,—que no será el de Móstoles acaso,—pero será sin duda progresista—radical oportuno.—Pero ¿quién en España le hará caso,—recordando al ministro más funesto—de los que han manejado el Presupuesto?—En fin, ruede la bola,—y á ver lo que nos dice Figuerola.—Curado le creí, por vida mia,—de su fatal manía—de andar en la política metido,—mas por lo visto sigue Don Laureano—creyendo que jamás se ha conocido,—en el género humano,—ministro más amado y *aplaudido*.

Contra una raza entera, la venganza—con furor sin igual se ha desatado.—¡Ya comienza, Dios mio, la matanza!—¡Ya el alcalde cruel la ha decretado!—¡A cuántos inocentes ¡ay! alcanza—el decreto feroz que ha fulminado!—¡Y qué haremos al ver tan grandes yerros?...—Alegrarnos ¡oh Dios! de no ser perros.

Dice la *Correspondencia*—que hay ya descomposicion—en los antiguos partidos—que entraron en el complot—de aquel motin que llamaron—gloriosa revolución.

¡Y ahora se descomponen!—Ya lo advierto en el olor.

EL CASCABEL:

SECCION OFICIAL

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DE EL CASCABEL.

Las suscripciones á EL CASCABEL y á *Los Niños* se hacen en Madrid en la librería de Sanchiz, PLAZA DE MATUTE, 2. En la misma se venden los *Cuentos de Salon*, de Guerrero y Frontaura, á peseta el tomo, y 5 rs. para provincias; *Mujeres del Evangelio*, por Larmig, á peseta; los tomos de *Los Niños*, á 24 rs. cada uno en Madrid y 30 para provincias; los libros de lectura de Guerrero, *Lecciones familiares* y *Lecciones de mundo*, á 5 rs. cada uno; las *Semblanzas contemporáneas*, de Castelar, á 5 rs. cada tomo; la *Vida de lord Byron*, del mismo autor, á 20 rs.

Los pedidos de suscripciones y libros se dirigirán con el importe al director de EL CASCABEL y *Los Niños*, Serrano, 82, Barrio de Salamanca.

Los señores que vivan en este barrio, que todos deben suscribirse inmediatamente á EL CASCABEL y *Los Niños*, se dirigirán á la citada casa del director, y se les obsequiará permitiéndoles admirar por medio de un magnífico anteojo del acreditado óptico Señor Linares (Carretas, 3) las preciosas vistas que se descubren desde los balcones. Se ve con el anteojo todo el Estado mayor y menor carlista en la plaza de Estrella, y la hora que señala el reló de la catedral de Strasburgo.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos.)

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Atocha, núm. 59, bajo.

A REAL LA LINEA.

NUEVA PUBLICACION BIBLIOTECA SELECTA,

EL MAR

por
J. MICHELET

Traduccion de Mariano Blanch.

Precio 10 reales. Véndese en las principales librerías de Madrid y provincias.

ARTE DE HACER VINOS.

MANUAL TEORICO Y PRÁCTICO, del arte de cultivar las viñas, por Nicolás de Bustamante. Contiene el cultivo y abono de las tierras, eleccion y plantacion de las cepas, sus enfermedades y modo de curarlas, de la poda y cava; modo de hacer el vino natural y artificial, mejorar sus clases y hacerlo de varios modos.

1 tomo en 4.º de 232 páginas con una lámina. Véndese en las principales librerías de Madrid.

Los pedidos dirigirlas al editor D. Manuel Sauri.—BARCELONA.

MUJERES DEL EVANGELIO CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado
LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LA FUNERARIA. PRECIADOS, 70.

DESPACHO DIA Y NOCHE.
Casa especial para toda clase de servicios y construccion de efectos fúnebres. Diligencias civiles y eclesiásticas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Suministrándose gratis toda clase de pormenores, rogamos al público nos consulte antes de adquirir ningún compromiso.

BARAJITA AMOROSA POR DON JUAN TENORIO

dedicada á los enamorados.

Solamente cuesta 2 reales esta bonita baraja, con la que los enamorados pueden dirigirse preguntas y respuestas muy tiernas.—Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA
POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid. 40 reales.
» » en provincias. 50 »
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administracion,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

RETRATO DE S. M. ALFONSO XII.

Magnífica lámina de papel grueso tirada á dos tintas y de gran tamaño, propia para Ayuntamientos, Juzgados, colegios y oficinas.—Con objeto de facilitar su adquisicion y quedando ya pocos ejemplares de la gran tirada que se hizo, se han rebajado á 10 reales los ejemplares en negro y á 14 los iluminados. Dirigirse á la administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2 librería.

A LAS PEINADORAS

Se ha establecido una Academia de peinadoras que por un nuevo método de enseñanza y por una métrica retribucion aprenden con brillante rapidez. Tambien se facilitan á domicilio las mejores oficiales peinadoras, garantizando esta casa su conducta.—Perfumería de Ferri, Espoz y Mina, 9.